

El Peligro de la Libertad

George Bernanos ha dicho que la verdadera amenaza a la libertad no es el que los hombres se la dejen arrebatarse, sino en que el pueblo no la entienda y se olvide de amarla.

En la actual coyuntura de nuestra historia vale la pena detenernos para penetrar ese concepto de libertad. Es fácil hablar extasiado de ella, y más aún en los momentos actuales de "luna de miel democrática" como si la libertad fuera algo absoluto. Es fácil todavía oír de un escritor u orador que quiere excusarse de anarquía, añadir apresurada la rectificación de Herbert Spencer: "la libertad debe ser limitada por la igual libertad de los demás".

Pero no es fácil encontrar quien se detenga un instante más para ver luego que si la libertad no es algo absoluto debe ser limitada inteligentemente relacionada a la libertad ajena.

Nuestra historia es un sucesivo "curso" y "recorso" entre libertad y dictadura. El libertinaje que es el desbordamiento de la libertad, trae por reacción el orden anquilosamente de la dictadura.

Todos los intentos anteriores de enrumbar el país por el camino de la libertad han sido estériles. Pero si esa permanente esterilidad ha llevado a algunos hasta la posición desesperada y estúpida de un determinismo fatal que nos atará a la dictadura, en parte al menos, la culpa la han tenido los que con su exceso han defendido la libertad como si fuera un absoluto irrestricto.

Debemos definir la libertad antes de precipitarnos a defenderla. Debemos concebirla real y pura como lo es, pero al tiempo lograr que permanezca en su ser de libertad, reconociéndola finita, limitada y relativa.

La libertad humana es la capacidad activa nuestra de autodeterminación

en fuerza de un fin racional. Es al tiempo la grandeza y el carácter potencial trágico de lo humano lo que hace que la libertad, facultad de determinarse racionalmente, pueda ser usada irracionalmente.

Libertad es autodeterminación, pero determinación racional. Definida como simple capacidad de determinarse, equivale a calificarla desde el punto de vista moral como "el derecho a equivocarse"; es definirla en términos de su imperfección y hacerla irracional en su misma raíz.

El hombre puede abusar de su libertad y escoger el mal al obrar irracionalmente; pero debemos concluir que así se victimiza y esclaviza por su propia determinación. Al contrario el hombre al dirigirse y determinarse por un motivo racional (implícita y últimamente el Bien Increado) alcanza la verdadera estatura humana, sublima su más alta capacidad.

Al llegar aquí me acuerdo de un discurso de Don Luigi Iturzo el respetable demócrata italiano cofundador del Partido Demócrata Cristiano de Italia. "La falta de fe en la libertad, o más exactamente el miedo a la libertad es lo que ha dificultado hoy el retorno a la verdadera libertad". Me acuerdo de esa frase pronunciada por este hoy octogenario sacerdote primordialmente por haber sido dicha en 1954 en el ocaso de su vida y con toda la experiencia de estos años cruciales de la postguerra.

En verdad son estos los otros enemigos de la libertad. Dijimos con Bernanos que lo son en primer lugar los que desconocen su carácter limitado y racional. Pero debemos añadir con Don Iturzo que lo son también los que tienen miedo a la libertad.

Se siente uno tentado a creer que es una predisposición psicológica fatal la que hace que algunos sujetos formados en ciertos ambientes prefieran la seguridad de que no exista el desorden, antes que el riesgo de que se pueda dar una alteración cualquiera. Se llega a creer al contemplar esta mentalidad que si bien es una doctrina condenable la del gendarme necesario, tiene ella peligro de triunfar si proliferaran las mentalidades asustadizas de quienes creen se ha llegado al caos o la demagogia apenas se dan los primeros síntomas de una discrepancia ve-

hemente o de un reclamo vivo y sentido.

La concepción cristiana de la filosofía de la historia dirigida por un Dios providente está muy lejos de esta mentalidad antilibertaria. Dios al gobernar al mundo, supone, cuenta y respeta la libertad humana, a pesar de las trágicas consecuencias que puede traer el que el hombre use mal de su libertad.

Por la concepción cristiana de la Providencia, Dios no gobierna al mundo como un teatrillo de marionetas donde los hombres actuarían sujetos a unos hilos invisibles y omnipotentes. Lo hace dejando total libertad para el bien y el mal como nos pinta Calderón el gran teatro del mundo. Tampoco la Providencia trabaja en la dirección del mundo como un policía omnipresente, del modo que quiso concebirla Juan Bta. Vico, sino dejando libres las voluntades humanas, permitiendo las desviaciones y los abusos de la libertad. "La historia, suscitada por Dios, es la obra del hombre y de su libertad" decía hace poco el 5º Congreso de la Paz y Civilización Cristiana, reunido en Florencia por iniciativa del bien conocido alcalde Giorgio La Pira. Por eso al querer orientar nuestra historia venezolana debemos hacerla por los mismos caminos de la Providencia con la persuasión de la voluntad, con el equivalente de la ayuda de una gracia que excluye la coacción con una justicia vindicativa ordenada y misericordiosa.

Para hacer viable, sin embargo, ese clima generoso entre nosotros habrá que dar un paso inicial. "La libertad supone participación en el poder" observó alguien tan antiguo como Cicerón. Pero el poder presupone a su vez propiedad y esta es una ley de la historia igualmente. El proletariado no

tendrá poder mientras permanezca proletario.

Por eso se requiere elevar el nivel económico de todos nuestros hogares. Se ha de lograr que las masas dejen de serlo para pasar a ser pueblo.

El hecho de que sean masas irresponsables las que integran una Nación, o sea una multitud desorganizada lista al desorden y la destrucción, es la que abre el paso para la demagogia y el totalitarismo.

En cambio, pueblo en contraposición a populacho y a la masa designa el genuino elemento que forma una nación. Pueblo denota multitud consciente de sus deberes y destinos y organizada en cuerpo social.

Para salvar la libertad democrática hay que devolver a las clases populares, la conciencia de su dignidad y responsabilidad. La libertad democrática es trazo de colores que agita la demagogia revolucionaria y tiránica, como el totalitarismo socialista que trata de ocultar bajo ese nombre sus verdaderas intenciones...

Sólo hay una doctrina que salvaguarde las bases esenciales de la democracia, la que ponga como fundamento la dignidad y la independencia de la persona humana y su responsabilidad.

Hace falta la elevación cultural que permita discernir y juzgar sobre los grandes hechos políticos y sociales.

Hace falta una verdadera justicia social que logre un nivel general de holgura.

Sólo logradas estas conquistas es como la libertad triunfará sin peligro de caer en sus dos verdaderos enemigos; la tiranía y la demagogia.

HERMANN GONZALEZ OROPEZA, S. J.

